

Por las razones antes expuestas, el trabajo de Sánchez y Meertens, además de mostrar la pauta que da la acción dinámica interna de los bandoleros hacia nuevas formas de violencia, se convierte en un aporte para la ciencias sociales al abrir el camino para futuras investigaciones desde diferentes problemáticas del tema, como se ha dicho atrás, y que podrán ser emprendidas por varias disciplinas. En esto, quizá radica la importancia que hemos querido destacar.

En síntesis, la actualidad del tema (piénsese en el desplazamiento forzado y la parapolítica, para sólo mencionar dos ejemplos), el paciente y reconocido trabajo de los autores y la encrucijada en la que se encuentra el pueblo colombiano en estos momentos (confusión, incertidumbre y corruptela) son condiciones suficientes para el examen crítico y la posición que asuman los lectores de los diferentes sectores de la sociedad en este interesante y polémico estudio sobre el caso de la violencia en Colombia. **BU**

¿Para qué recordar?: una novela entre la ludicidad y la tragedia, entre el romanticismo y el tropicalismo musical, de Roberto Montes.

Ignacio Verbel Vergara
Escritor colombiano

Juventud, divino tesoro.
Rubén Darío.

*El deseo es vegetal/pide caminos/aire/quiere temblar en fruto/
suspenderse/pide un cuerpo abonable/pide un labio/pide comer y ser
comido/quiere/ entrar y gemir con ramas duras./Gime por ser/
quiere temblar/ sentirse/palpase desde dentro/saberse entre las cosas
respirando./Quiere el viento y el ala/quiere el día/quiere el follaje de su
fuerza oscura/brillando entre la luz hoja por hoja./ Es vegetal por eso:/
por su destino de tiniebla y cielo/ porque rompe y emerge/porque sube/
porque la muerte sufre con su vuelo.*

Héctor Rojas Herazo.

La adolescencia es uno de los estadios de la vida más complejos, pero de acuerdo con el ámbito y con la época en que se viva, tiene unas características que la acercan a lo trágico o a lo sublime. De todas formas, se erige en una estación inolvidable de la existencia. Ya sea que se asuma como experiencia de desarrollo, como camino a la vida adulta, como camino a la verdadera integración del individuo a la sociedad, que le da la oportunidad de que se muestre como individuo en crecimiento, o ya sea que se tome como una muerte necesaria para nacer otra vez, como lo plantea S. Bercovich.

Vivir la adolescencia a plenitud es un privilegio envidiable. Vivirla, sorteando dificultades y quimeras, es una experiencia que nos forja, que nos templea. Hurgar en sus profundos recovecos y beber de ella la luz, la inquieta sangre, la desbordante pasión, es aprisionar un poco de paraíso.

Roberto Montes Mathieu nos ofrece hoy la hermosa novela que escribió sobre el mundo adolescente: *Para qué recordar*. Esta obra es una sumatoria de los conflictos y de las alegrías que un grupo de adolescentes experimenta por allá por los años 60 en las Sabanas de Sucre. Escrita con una prosa lúcida, vibrante, ágil y sencilla, en ella se configuran las relaciones sociales, familiares, económicas, sexuales y culturales de la época. Se nos muestra con claridad el universo vivencial de cada protagonista, pero con una particularidad: todo está untado de música, de ritmos diversos. La intra y la intertextualidad ingresan a la novela de forma fresca, natural, con puntadas sabias. Lo narrado por Montes Mathieu se fusiona sin complicaciones con las canciones que rubrican el mundo de los personajes. Cantares de Felipe Pirela, de Alfredo Sadel, María Grever, Agustín Lara y otros, se anudan con lo que el narrador nos cuenta. En una simbiosis única, agradable, armónica.

Lo lúdico es un rasgo vital de esta novela. El narrador nos introduce en cada vericuetto de la trama como en un juego, sazonando cada aspecto con un humor genuino, con ritornelos y tejidos eufónicos. La forma en que hablan los actantes, la manera en que proceden, convierten gran parte de la acción en una fiesta del lenguaje y de la vida. El candor y la viveza, el hambre sexual y el amor al baile, el enamoramiento y el despecho, entre otros muchos causales, permiten que haya un desborde de jocosidad y de gracia.

Sin embargo, la tragedia no cierra sus fauces. La nota luctuosa se va fraguando entre tanta vitalidad. Por ello, el suicidio de Leonidas, uno de los personajes más puros y humanos de la novela, se convierte en un hecho desgarrador que arruina la tranquilidad a sus amigos, principalmente al personaje central, quien no puede olvidar aquel trance que condujo al compañero a los brazos de la parca y, también él, peligrosamente, acaricia a ésta, personificada en un revólver que le hace guiños coquetos y que se le ofrece como alternativa para romper la monotonía, la soledad, el lastre en que puede llegar a convertirse la existencia. “La muerte encendió su lirio oscuro”, al decir de HRH, y todo se complicó: atrás quedan los escauceos amorosos, las bromas, las bacanales, los quites a la responsabilidad, las jugarretas a las convenciones y a la falsa moral. Existir se torna pesado, confuso. Rondan la desesperación y la agonía. El cielo se vuelve brumoso, aciagos los días.

Ni siquiera la música es ya un aliciente a pesar de que antes había sido motivo de júbilo. Y el clima trágico va en crescendo, queda en crescendo. La crisis del final de la adolescencia aparece con fuerza inusitada, violenta. La ruptura de los sueños y de los placeres primigenios crea una oscuridad espesa, lacerante. El deseo, que es negación de la no-existencia, pierde sus alas y permite que la fatalidad amenace los instantes. Ya no tienen tanta importancia las nalgas pudibundas de Petrona, la negra doméstica. Ni el fragor con que acometió las dulces esplendideces de Xiomara. Ni los éxitos académicos ni las caminatas en pro del *súmmum hedónico*. Ni Tania ni sus ansias homicidas.

El agua y la música cobran especial significación en *Para qué recordar*. La música, ya lo había anticipado, aparece por cada latitud de la trama, permite que esta cobre fuerza, sentido y trascendencia. No únicamente la música de las canciones que se transcriben o que se citan, también la música interior de la narración, porque Montes Mathieu consigue que la arboladura de su texto sea recorrida por matices acompañados, tanto si nos introduce en el mundo de las meretrices o en el del sacerdote hiperconservador y delirante. O en el de las tómbolas y festines juveniles o en el de las orgías zoofílicas o con Twister, la muda ninfómana.

Las canciones a las que el autor recurre tienen como particularidad la de ser, en su gran mayoría, de corte romántico. Son, en su mayoría boleros, los cuales se definen como melodías lentas, generalmente de tema sentimental, originarias de las Antillas. El libro, rescata muchos de ellos, sobre todo aquellos transitados por las penas, las alegrías y las delicias del amor. Penas del adiós y alegrías del retozo sensual. Penas del abandono y alegrías de la posesión espiritual y física del ser amado. Penas de la ausencia y alegrías por la belleza de quien se ama. Penas por la ruptura de la relación que se creyó eterna y alegría por la primera libación en el jardín de las caricias. Delicias del labio que se besa con pasión. Delicias de la carne que se ama con intensidad y que se nos prodiga tiernamente. Delicias del abrazo que obnubila, del perfume corporal que se degusta. Delicias del existir en el mismo espacio en que está quien nos complementa y nos encanta.

Montes Mathieu registra además la importancia y trascendencia de la música tropicalailable. Nos inventaría la jacarondosidad, la picardía y la inmensa riqueza de estos sonos: *La Billo's Caracas Boys*, *Pello Torres y sus Diablos del Ritmo*, Alfredo Gutiérrez y *Los Corraleros de Majagual* son tributarios del gran río de la alegría, río en que se zambullen Arturo, Carmelo, Xiomara, Rocío, Salvador, Carmen, Miriam y todos los adolescentes que viven o mueren en estas páginas. Música para espantar la tristeza, para partirle el cuello a la monotonía, para reír y gozar, para burlar las convenciones y acartonamientos. Música que facilita los acercamientos amorosos y que libera momentáneamente del dolor y de las penas.

El agua, tal vez en remembranza de Juan El Bautista, recobra aquí toda su connotación purificadora. El agua borra el cansancio, borra el hedor. Borra los sudores acumulados después de la cópula ardiente. Borra la resaca y el llanto. Ella, se lleva los residuos de dolor, los pensamientos negativos, la angustia existencial. El agua alegre, permite el canto, alegra el corazón y los sentidos. Agua para aclarar la mente. Para resucitar del letargo y recuperar la esencia del yo.

¿Para qué recordar?

Para que no se pierdan tantas interesantes y divertidas historias. Para que las futuras generaciones y las presentes, tengan testimonio de la magia, la simplicidad del pasado reciente, en el que aún eran posibles la amistad verdadera, el respeto, la fraternidad, el festejo sano, el disfrute seguro de la noche, los paseos exentos de celadas o peligros, sin que ello significara ser timoratos, imbéciles, tontos, puritanos o conservadores. Para saber de la catadura y el vigor de los sentimientos y de la música pretéritas. Para dotar a la literatura sucreña y nacional de una espléndida novela en la que el hombre concreto es dibujado en algunas de las expresiones más vividas de su condición, desde las más memorables y positivas a las más deleznales y tristes. **U**